

REVUELTAS

No se puede narrar un pasado que no fue. Negacionismo, verdad y pasado reciente en Chile

Leone Sallusti Palma¹

*Simplemente las verdades
se van haciendo una sola.
Santiago del Nuevo Extremo*

La historia es un poliedro de verdades. Un todo de múltiples caras en el que cada una es una mirada, una verdad distinta a la otra. En definitiva, una nueva versión de la historia. Esta fue una de las máximas con la que, ya hace varios años, me introduje en el oficio del historiador. Yo tenía 18 años, era mi primer día en la universidad, mi primera clase, y fue quizás por lo mismo que esta frase, que desarrollamos durante todo el semestre, nunca se borró de mi memoria.

Y es que la historia, dice aquel mantra con el que no dejo de concordar, no tiene una verdad sola. Frente a un mismo hecho existe una diversidad de miradas, casi tantas como participantes en él, e incluso más, si sumamos a aquellos que luego tendrán conocimiento. La historia la escriben los vencedores desde su victoria, pero aquellos vencidos tan bien ejemplificados en los estudios del fran-

¹ Chileno. Licenciado en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus áreas de interés son variadas, encontrándose entre ellas la historia moderna europea y la historia reciente de Chile. Ha participado en diversos proyectos de investigación. Actualmente cursa el Magister en Historia de la Universidad Católica, donde trabaja temas relacionados con la dictadura chilena y sus conexiones a nivel global | Contacto: : lpsallusti@uc.cl | Registro ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6086-743X>

cés Nathan Wachtel (Neira, 2009), también tienen algo que contar. Son múltiples las miradas, las versiones y las narraciones. La labor del historiador es aunarlas en un relato con el ánimo de lograr esa verdad inalcanzable y, por sobre todo, de contar su pluralidad.

Sin embargo, existen momentos en que dudo. Dudo del poliedro que es la historia. O más bien dudo de si se debe dar lugar en el relato histórico a algunas de las «verdades» que frente a un hecho se narran.

Por ejemplo, hace ya algunos meses la indignación de unos pocos generó revuelo en redes sociales, frente a un hecho que —quiero creer— para la mayoría es una verdad consensuada: la violencia con la que en septiembre de 1973 los militares chilenos tomaron el poder. Esto, a partir de un tuit que denunciaba el supuesto afán adoctrinador del libro *Las lecciones maravimágicas de Lulú*, vendido en una de las cadenas de supermercados más grandes del país. El alboroto lo provocó el siguiente párrafo:

“En el año 1973, el jefe de las Fuerzas Armadas, Augusto Pinochet, encabezó el golpe militar que terminó con el gobierno de Salvador Allende, presidente elegido democráticamente. Pinochet se tomó el poder por la fuerza y promovió diversos cambios que beneficiaron a un pequeño grupo de personas y afectaron a miles de chilenos” (Araos y García, 2020: p.52)

Los autodenominados «tuiteros de derecha» pusieron el grito en el cielo. ¿Frente a qué?, se preguntarán algunos. Frente a dos hechos irrefutables: la legitimidad del gobierno de Salvador Allende, elegido en 1970, y, sobre todo, el uso de la fuerza con el que Augusto Pinochet y la Junta Militar se hicieron del poder transcurridos tres años. Para ellos, lo ocurrido hace más de cuarenta años fue distinto. Tal como expuso en ciento cincuenta caracteres el excandidato presidencial José Antonio Kast, para este grupo de tuiteros el gobierno de Salvador Allende devino en ilegítimo, y fue esto lo que llevo a la Junta Militar a tomarse el poder. Por la fuerza, es cierto, «pero por la fuerza del pueblo que clamó por la intervención militar» (Kast, 2020).

Sin embargo, los hechos ocurridos no pueden ser negados, al menos desde la disciplina histórica. En el caso del primero —la legitimidad de Allende—, existe evidencia documental en torno a un proceso de elección democrático y llevado a cabo bajo los estándares constitucionales de la época. Se puede probar empíricamente (si se quiere llamar así), el gran apoyo con que contó Allende en su campaña y el como su gobierno, aunque levantando transformaciones importantes y generando, a su vez, quiebres políticos, nunca perdió la legitimidad que el pueblo le confirió. La segunda, quizás más irrefutable aún: ¿qué es fuerza si no

dos aviones de combate bombardeando el palacio de gobierno, que tanquetas en plena vía pública y que militares apuntando a civiles desarmados? ¿Qué es más violento, qué representa más a un poder tomado por la fuerza que el aprisionamiento, la aniquilación y la desaparición sistemática de sus opositores?

A pesar de todo aquello, se acusó al libro de adoctrinamiento y se levantó una discusión en torno a la verdad sobre la dictadura chilena. Se habló de lo que realmente había ocurrido y se acusó a aquellos que refutaron el reclamo de los tuiteros de estar desinformados, incluso de mentirosos. Se buscó dar cuenta de la razón de los hechos, se dijo que no se narraba el contexto (¡como si existiera alguna situación que fundamentara, en una sociedad democrática, hacer un golpe de Estado!). Incluso, un senador de la República acusó, en televisión abierta, que «la historia en Chile se ha escrito por la izquierda y nunca se ha dicho la verdad» (Moreira, 2020).

Lamentablemente, discusiones como estas son comunes en la arena pública chilena. Sin ir más lejos, está el debate en torno al relato del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, o la discusión que, durante el segundo semestre del 2020, en torno a aprobar o no una ley que penalice el negacionismo de los horrores ocurridos en dictadura². Estas discusiones acontecen incluso en las familias, donde estas «dos versiones» también cobran vida. Pero es muy distinto tener una opinión sobre los hechos del pasado, que negar partes de estos según sea conveniente.

Que el historiador, como «buscador de la verdad», debe apuntar a la imparcialidad, es una norma comúnmente aceptada. Lo que no significa la ausencia de supuestos, sino que adoptar una total disposición a abandonarlos o alterarlos frente a los resultados de la búsqueda. Sin embargo, aquello responde a un trabajo de investigación que se rige por ciertas reglas. La principal, quizás, es no falsificar documentos ni informaciones para la investigación, mucho menos forzarlos para respaldar los resultados que se esperan (Ginzburg y Prosperi, 1975: p.9). No se deben ocultar ni eliminar fuentes con el objetivo de validar hechos,

² Desde 2007, cuando se realizó el anuncio de la construcción del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Santiago, el debate público en torno a su creación no ha cesado de resurgir. En pocas palabras, los opositores al Museo reclaman, entre otras cosas, el carácter «no histórico de la iniciativa», y exigiéndose la inclusión de un «contexto histórico» que, marcado por el deterioro del proceso democrático chileno, justificando en esto último la extrema represión tras el 11 de septiembre (Gárate, 2015). En la arena política, debates como el anterior se reflejan en iniciativas parlamentarias, como la discutida en el Congreso desde septiembre del 2020, que buscaba penalizar el negacionismo respecto a violaciones a los Derechos Humanos. Ampliamente discutida y polémica, finalmente esta no logró ser aprobada en el senado.

así como se deben reconocer todas las fuentes como válidas, pues cada una de ellas, de una u otra manera, nos entrega una pista, una mirada al pasado que buscamos contar.

En palabras del filósofo de la historia, Robin G. Collingwood, «la evidencia de la que depende el historiador representa el límite de su conocimiento: el historiador no puede ir más allá de lo que la evidencia le permite» (2004: p.38). En otras palabras, no existe un pasado real. No existe una verdad absoluta, pero para casos como el aquí tratado, no existen dos verdades tampoco. Pretender que el historiador indaga en aquello que realmente ocurrió es una pretensión ilusoria.

Al investigar el pasado, entonces, nos encontramos con un poliedro en el que cada cara corresponde a una verdad distinta; a una interpretación diversa de los hechos. Sin embargo, si hay algo que el historiador no puede cambiar, manipular o falsificar es eso: los hechos. Aquello que sucedió en realidad no puede ser sino lo que indican las fuentes, la evidencia (Collingwood, 2004: p.38). Con matices, diferencias y contradicciones en sus relatos —es cierto—, pero siempre en torno a hechos que, desde el presente, no podemos modificar.

He ahí la razón por la que esa otra historia, la que a ojos de algunos es la verdadera historia, no ha sido contada: ello no es posible. Y no lo es porque no existe evidencia, porque no ocurrió. Porque ciertas verdades no lo son y, desde ellas, los historiadores e historiadoras no podemos construir un relato. No podemos narrar un pasado que no fue.

En Chile, desde la vuelta a la democracia se ha desencadenado lo que podríamos llamar, como lo hace María Angélica Illanes, una batalla por la memoria. Una batalla cultural, necesaria, en que las distintas lenguas buscan ser restituidas al relato histórico y a la que, como historiadores, no podemos estar ciegos (2002: p.12). Debemos dar cuenta de todas las memorias que se enfrentan, tanto en la arena pública como en la privada, a favor o en contra del golpe de Estado y de la dictadura. Ya sean memorias de salvación o de resistencia (Stern, 2009: pp.149-154). Debemos dar cuenta de ellas —de todas— pues entre todas componen el poliedro que es la historia: podemos concordar o no con ellas, pero no olvidarlas, pues nos permiten estudiar a nuestra sociedad como conjunto, en su dinamismo, con similitudes y diferencias.

Mas no es a esto a lo que nos enfrentamos cuando se dan discusiones como la antes mencionada. No son solo opiniones o diversas interpretaciones de lo sucedido. En discusiones como la aquí tratada, la sociedad se enfrenta a un negacionismo acérrimo que no da crédito a documentos, fuentes ni testimonios que relatan las atrocidades que, durante casi 20 años, tuvieron lugar en nuestro país.

Frente a esto, no debemos ser pasivos; no podemos dar lugar a estas negaciones, a esta otra historia que, siendo falsa, algunos quieren creer verdadera. Bien lo dice el personaje de Rachel Weisz en la película *Denial* (2017), al reflexionar sobre la Alemania nazi:

“Todos podemos tener opiniones sobre el Holocausto. Podemos discutir el porqué y el cómo ocurrió. Sin embargo, no podemos dar lugar a que alguien, cualquiera, diga que no sucedió. Porque el Holocausto sucedió. Ocurrió. Y eso no es una opinión, es un hecho. Y no se debe debatir los hechos.”

De la misma forma, todos podemos tener una opinión respecto al gobierno de Allende, al golpe de Estado y a los 17 años de dictadura. Mas no podemos, menos aún como historiadores, dar lugar a cualquiera que niegue que, bajo Pinochet, se usó la fuerza para obtener el poder, se usó el miedo para reprimir y se asesinó y desapareció a cientos de opositores. Esas no son opiniones, son hechos. Hechos que, desde la historia, podemos —y debemos— relatar gracias a documentos y fuentes: a evidencia. Pero no existe evidencia alguna que permita, a cualquier historiador o historiadora, relatar un pasado distinto a ese.

¿Qué pasa con el poliedro, entonces? ¿Qué pasa con esas verdades que ven distinto aquel pasado que, a ratos, se nos hace tan reciente? ¿Debe la historia darles cabida en el relato? Siempre que no se trate de negar la existencia de un hecho, por supuesto; de lo contrario, se estarían ocultando piezas de ese puzle que es la historia. Lo primero puede, incluso, resultar valioso para los historiadores, al permitirnos estudiar el desarrollo de discursos alrededor de la dictadura, aprender cómo se produce el conocimiento, por quiénes y en qué estructuras. Lo segundo, por el contrario, es dar lugar al negacionismo. Entonces debemos decir «no». El relato debe mostrar las distintas memorias, opiniones y lecturas en torno a lo ocurrido, sin dar lugar al debate de esto.

¿Es que no confiamos en que la gente puede formarse sus propias opiniones?, preguntarán algunos. Por supuesto que confiamos. Pero ¿es necesario debatir, para esto, con alguien que niega los delitos ocurridos en la dictadura chilena? ¿Tiene sentido darle plataforma a un negacionista? No es que la historia no haya escuchado a los de su clase. El debate ya se dio. Los hechos son los que son. Es importante entonces que, como historiadores, defendamos activamente nuestro trabajo frente a acusaciones como esta, frente a ese «recrudescimiento notorio de la tendencia de algunos sectores a manipular y acomodar la verdad pública sobre el último medio siglo de la historia de Chile» (Garcés et al., 1999: p. 7). Aquel recrudescimiento que, identificado por varios historiadores hace ya 20

años, late en el Chile de hoy.

La historia es un poliedro de verdades. Cada una de sus caras representa una fuente, un documento, un testimonio o un recuerdo de aquel pasado que el historiador, en su búsqueda por contar lo ocurrido, debe unir a su relato. A través de estas podemos dar cuenta de aquello que sucedió, caracterizar esos días en blanco y negro del siglo xx o los coloridos carnavales del Medioevo. Cada cara del poliedro, cada escrito o imagen, evidencia una mirada del pasado que, como historiadores, debemos incluir. Sin embargo, sobre todo respecto a la historia reciente, existen realidades que no son tal. Memorias que buscan mostrar un pasado distinto a lo que fue, que acomodan los hechos a beneficio del presente. Esas memorias no deben tener cabida en el relato histórico. No son parte del poliedro, no se sustentan en evidencias. Son «verdades» que, finalmente, no son verdad. Son negaciones de aquel pasado que buscamos contar. Son falsedades que no tienen cabida en la historia, pues estas relatan pasados que realmente fueron, y el negacionismo, en ningún caso, puede interpretarse como una verdad.

Referencias

- Araos, J. y García, J. (2020) *Las lecciones maravimágicas de Lulú*. Santiago de Chile: Alfaguara.
- Collingwood, R.G. (2004) *Idea de la historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Gárate, M. (2015) Las polémicas en torno al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Chile. *Hypotheses*, academic blogs. Disponible en línea. Consulta: 15 de febrero del 2021: <https://ihp.hypotheses.org/1350>
- Garcés, M. et al. (1999) Manifiesto de historiadores. En S. Grez y G. Salazar (comps.) *Manifiesto de historiadores* (p.7 – 25) Santiago: LOM ediciones.
- Ginzburg, C. y Prosperi, A. (1975) *Giochi di pazienza. Un seminario sul «Beneficio di Cristo»*. Torino: Einaudi editori.
- Illanes, M.A. (2002) *La batalla de la memoria*. Santiago de Chile: Planeta/Ariel.
- Kast, J.A. (2020) Frase sobre el golpe militar en libro infantil ‘indignó’ a pinchetistas en Twitter, 3 de agosto del 2020. Disponible en línea. Con-

sulta: 15 de febrero del 2021: <https://cooperativa.cl/noticias/sociedad/sucesos/frase-sobre-el-golpe-militar-en-libro-infantil-indigno-a-pinochetistas/2020-08-03/195223.html>

- Moreira, I. (2020) Iván Moreira en el matinal Contigo en la Mañana, 4 de agosto del 2020. Disponible en línea. Consulta: 15 de febrero del 2021: <https://www.chilevision.cl/contigo-en-la-manana/mejores-momentos/ivan-moreira-la-historia-en-chile-se-ha-escrito-por-la-izquierda-y>
- Neira, H. (2009) Visión de los vencidos. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago.
- Stern, S. (2009) Recordando el Chile de Pinochet: en vísperas de Londres 1998. Santiago de Chile: Editorial de la Universidad Diego Portales.